

de aquellas cortes, y eran materia indispensable para la vida de aquellos reyes y el esplendor de aquellos palacios. Así, el nuevo amante de la Reina, habia de tener por necesidad un esbirro al lado de su amada. Era este un francés conocido con el apodo de Paris, y llamado Hubert. Su presencia junto á la Reina jamás faltaba como una prenda de comunicacion y al mismo tiempo de seguridad en sus criminales relaciones. Paris acompañó á María desde su palacio al palacio de su marido así como en el inmediato regreso. Y despues de volver, fuése al lugar donde se hallaba Bothwell, por la Reina expedido y por este último ardientemente deseado. María comunicó á Paris, á fin de que Paris á su vez lo comunicase al amante, cómo habia visto el corazon de Darnley derretirse á sus miradas cual cera blandísima, mientras ella procuró dar á su propio corazon la dureza del diamante. Hay en todo esto una perfidia tal, un disimulo tan negro, unos embustes tan deshonorosos, que la propia conciencia de María, con hallarse tan profundamente callada é inerte, se rebelaba, y temia su corazon perder la estima del hombre de quien era ciego y criminal instrumento. Tantos horrores sublevarán eternamente contra María Estuardo el juicio universal de los siglos. No se olvidan los deberes mas rudimentarios, los afectos mas naturales é íntimos, las leyes de la conciencia pública, la fidelidad inquebrantable á un esposo debida, el respeto al propio nombre, la honra de los hijos, los sentimientos de la familia, los escrúpulos del honor sin recibir un condigno castigo, tan perdurable como el tiempo, en los hondos infiernos de la historia. ¡Cómo se dirige María Estuardo, qué siniestramente, á su esposo, y lo coge y aprisiona dentro del mismo amor que inspirara ella: negra y terrible traicion, tanto mas odiosa cuanto mas se vale de afectos tiernos y legítimos! María necesitaba para el logro de su pasion desapoderada y horrible dos víctimas propiciatorias; la mujer de su amante y su propio marido; de suerte que sus pasiones se satisficieran, como los instintos de las fieras, sin mirar á las víctimas, sin detenerse ante ningun remordimiento, como quien cumple fatal finalidad.

Véase, pues, á sus propios ojos rebajada, y con vivos remordimientos en las mas hondas intimidades y entrañas del espíritu, al verse fautora de aquella oscura traicion, encaminada siniestramente á la muerte del hombre con

quien compartiera la vida, y á cuyo amor debia un heredero y un hijo. Oíasele frecuentemente, despues de profundas meditaciones, que dentro de su propio espíritu la encerraban y absorbían, decir, como por máquina y suspirando, «que Dios me lo perdone». Mas no habria justicia en el cielo si Dios pudiera perdonar tanto crimen. Nunca, en período alguno de su historia, María Estuardo aparece tan repulsiva de suyo á la conciencia humana, como en este horrible incidente de su historia. Conciliarse con aquel hombre, que, al fin y al cabo, la idolatraba; servirse de sus pérfidas gracias para dominarlo nuevamente y rendirlo á sus piés; ofrecerle tálamo y trono, cuando le preparaba la muerte y el ataud; dementarlo con sus caricias embriagadoras para conducirlo mas seguramente al matadero, ¡ay! es una maldad tan profunda y tan excepcional, que no se halla, ni en los mayores criminales y mas execrados por la humana conciencia. Comprendíalo así ella con la penetracion propia de su agudo ingenio. Además, de vez en cuando, la conciencia se alzaba como un sol pálido y desmayado, pero al cabo como un sol, en las tinieblas de su alma, é iluminaba los espectros de sus remordimientos, y entonces comprendia todo el horror de cuanto se tramaba; y horrorizada, queria retroceder, sin que retrocediese al cabo, por no poder seguir su voluntad á su conciencia.

Y entonces, ella misma se acusaba y escribia cartas como esta, que vamos á traducir á la letra, dirigida en los momentos de tramarse la confabulacion á su amante Bothwell: «Ahora, caro amigo mio, puesto que, por complaceros, no ahorro ni honor, ni conciencia, ni peligros; y arriesgo hasta mi propia grandeza, cualquiera que sea; os ruego que lo echeis todo á buena parte sin juzgarme como vuestro falso cuñado, á quien os ruego no presteis crédito en sus apreciaciones contra esta mujer, la mas fiel amiga que podeis tener en el mundo. No atendais tampoco á las fingidas lágrimas de vuestra esposa, lágrimas que no deben pesar tanto en vuestro ánimo como los dolores que por vuestro amor yo sufro, á fin de ocupar su puesto, por cuyo logro he traicionado, contra mi propio natural, á cuantos podian impedírmelo. Que Dios me lo perdone.» ¡Oh! No habrá perdon para ella. Y lo hemos dicho ya, y lo repetimos ahora; no puede humanamente haberlo. Ninguno de los actores varios que desalmados entran á una en esta horrible tragedia, ninguno tan criminal como la Reina. Las responsabilidades crecen á medida y proporcion del poder

de quien las contrae. Y la esposa, la madre, la reina, la que ha compartido la mesa, la corona, la cama con un príncipe; y luego, por satisfacer otra pasión criminal, que no debiera jamás haber nacido en su pecho si luciera un destello de luz en su conciencia, trama cobarde y traidoramente, valiéndose del propio amor que inspira, una muerte tan criminal, no puede, no, tener excusa, ni atenuación á su crimen, aunque provoque á piedad la inflexible justicia de su castigo. Todavía no se ha escrito la historia bajo el punto de vista moral; todavía no se ha levantado el genio que llamando las generaciones muertas á un Josafat espiritual, demuestre cómo se distribuyen los premios y los castigos aquí en la tierra, y cómo encuentra pronto su sanción la ley moral vulnerada. Y si este juicio pudiera celebrarse, ¿cómo respondería la infeliz Estuardo, cuando le preguntara en sus frías interrogaciones la justicia humana qué había hecho de su esposo?

María envió, así que Darnley anunciara su propósito de reunirse con ella, el esbirro Paris á Bothwell, á fin de que fijase con seguridad matemática el sitio donde había de alojarlo, para mejor venderlo. Con esta embajada horrible, envió también á su amado bolsa bien provista de sonantes escudos, y joyas y bordados, obras de sus veladas é insomnios. Al mismo tiempo le decía como se necesitaba renunciar por completo para el alojamiento de Darnley al palacio Holyrood, en que se alojaba el príncipe heredero. Efectivamente, Bothwell designó el sitio más apropiado á la premeditada traición. Era este un espacioso campo, especie de retiro, á las puertas mismas de Estrasburgo, y designado con el nombre de Kirk of Field. Extenso parque, amenas florestas lo cortaban en todas direcciones. Un monasterio de dominicos se alzaba en su centro. Había en tal espacio dos casas de campo, una cómoda y grande, perteneciente al duque de Chatellerauld, señor de la nobleza; y otra, estrecha y solitaria, perteneciente á Roberto Balfour, uno de los principales conjurados, que acababa de poner su firma sin escrúpulo al pie del pacto convenido y arreglado entre todos los conspiradores para matar á Darnley. Llamábase su casa la casa del Prebendario; y fué designada y escogida por su aislamiento en lo más recatado del parque, y por su propia pequeñez. Habíase, pues, apercibido bien la trampa, pues por pequeña, estaba la presa más á disposición y alcance de los cazadores; y por solitaria y aisla-

da, no podían oírse los gritos de la víctima. Bothwell mandó á María con Paris la designación exacta del sitio donde había de cometerse la gran maldad, y además un brillante preciosísimo en forma de corazón. Mas duros y más fríos que aquella piedra eran ciertamente los dos corazones de Bothwell y María.

No había casa menos propia, y peor dispuesta, para el alojamiento y habitación de tan altos personajes. Dos habitaciones tenía en cada uno de sus dos mezzaninos; abajo una cochera con la cual se comunicaba un gabinete, y arriba, sobre la cochera, una galería, y otro gabinete sobre el gabinete. Por escalera secreta, estos dos gabinetes se comunicaban interiormente. El de arriba fué destinado al Rey, el de abajo á la Reina. Convirtiéndose la cochera en cocina; y la galería en dormitorio de la servidumbre del Rey; por manera que toda una Reina de Escocia debía dormir junto al sitio incómodo siempre, donde se preparaba la comida; y todo un Rey junto á las camas de su propia guardia. El aposentador enviado por Darnley á preparar el alojamiento no pudo menos de observar su estrechez y pedir el otro más amplio, y allí cercano por corresponder mejor á la comodidad del monarca. Pero la Reina que recibiera de su amante orden expresa y clara para disponer y apercibir el sitio más apropiado al crimen, quitó de la mente del aposentador todo propósito de ir á ninguna otra parte so pretexto de que hallándose Darnley en la convalecencia de mal tan grave como la viruela, necesitaba de sitio tan aireado como el Prebendario. No había remedio; aquella casa estaba en los proyectos de Bothwell apercibida para el asesinato, y en aquella casa debían necesariamente y sin remedio, encontrarse la víctima y el asesino. Darnley se dirigía en pos de los brazos de su esposa, cuando aquellos brazos eran los brazos de la muerte.

El Rey se partió, al fin, de su retiro al retiro preparado por la Reina. Convaleciente de su gravísima enfermedad, iba en litera y á cortas jornadas. Enviábale de continuo María precipitados emisarios para saber con certeza día y hora de llegada. En cuanto lo supo, escribió al amado de su corazón, y jefe de los asesinos, estas breves palabras en siniestro billete: «Segun el encargo que me habeis dado, aguardo á vivir conmigo el lunes á nuestro hombre.» De vez en cuando siniestros presentimientos cruzaban, desgarrándolo, por el co-

razon de Darnley. Cuando su poco seso lograba sobreponerse á su mucho amor, veía claramente innumerables traiciones en todos los actos de la fermentada esposa. Pero luego, el deseo de volver á poseerla, y la necesidad imprescindible para su corazón de amarla, se sobreponía en él á todo, y lo arrastraba irremisiblemente al precipicio. Y sin embargo, la Reina, por mucho que le aborreciera, debía considerar que aquel hombre no encontraba otra fianza sino su promesa de amarlo en adelante, y debía, por confiado, parecerle sacratísimo. Los amigos y los consejeros, que jamás en la vida faltan por fortuna del mundo, ni á seres tan desgraciados como Darnley, preguntábanle qué seguridad tenía de consideracion y de respeto por parte de la Reina. Y él respondía que ninguna, pero que, por lo mismo, se hallaba resuelto á seguirla, pues no poder vivir sin ella, siquier lo arrastrase á la muerte, y despues de la muerte al infierno. Entristecido por estos presentimientos, pero resuelto á morir junto á su ídolo, entró Darnley bajo el techo, que debió pesar sobre su cabeza como la losa de un sepulcro. Pero antes que él, había ya entrado Bothwell.

Como hemos dicho, María se instaló en el piso bajo, y Darnley en el piso principal de la casilla; comunicándose los dos gabinetes por una escalera interior. Para continuar el engaño, María no tuvo inconveniente alguno en fingir lo que menos puede fingirse, un gran amor, y contestar á las caricias del esposo con redobladas caricias. Pero tal situacion extraña no podía prolongarse mucho tiempo. Aunque muy consumada en fingir, temía la Reina revelar por algun acto indeliberado y por alguna impremeditada frase la triste realidad del fingimiento. Y los halagos continuos de Darnley servían tan solo para exacerbar sus antiguas y arraigadas repugnancias. Al mismo tiempo los disimulos de María, impuestos por Bothwell para el mejor logro de su crimen, inspirábanle celos y sospechas. La taimadísima y traidora, de tal suerte fingía, que daba visos de verdad á sus fingimientos; y estos visos de verdad, encelando á Bothwell, precipitaban la catástrofe. Así, pues, como no pudiera contener caricias indispensables para el éxito próspero de la infame conjuracion, trataba, por todos los medios, de acelerarla, y salir pronto de la doble incertidumbre á que se hallaban condenados su amor y su ambicion. Pero las lentitudes indispensables á la realizacion de tan vastos

proyectos retenían á los dos esposos bajo el siniestro techo; y ya retenidos allí, diríase que resucitaban los días risueños de la luna de miel, cuando pasaban juntos la vida bajo las risueñas alas del primer amor. Nunca se creyó Darnley tan amado como en aquel momento, cuando nunca jamás había sido ella tan pérfida y traidora. Las sospechas se fueron, como se van las sombras de la noche al despuntar el alba, esa esperanza del día. Darnley se sintió revivir, cual si hubiese vuelto la primavera de inesperada felicidad á mover y colorar la sangre de sus venas. Y María, satisfecha de su destreza en el engaño, dábale con abandono á requerirlo de amores, y abrazarlo, sin demostrar, ni por actos ni por palabras, que abrazaba la infame á un cadáver.

Sobre aquellas guirnaldas de ilusiones y esperanzas, que ceñía el pobre Darnley á sus sienes, tendíanse ya las espesas mallas del triste copo, en que debían cogerlo y apresarle. El número de conjurados aumentaba diariamente, y componía un ejército. No se contentaba el asesino con tener á su alrededor grandes y antiguos y formidables partidarios, empeñados en la trama por exigencias políticas; necesitaba una muchedumbre de aviesos espías y malvados homicidas. Llevado de tal propósito congregó junto á sí é inició en la conjuracion, á su ayuda de cámara, y á su sastre, y á su portero, y á varios esbirros duchos en espíar al enemigo en las guerras feudales, y á varios bravos, de antiguo acostumbrados á la matanza. Cada cual recibía un arma forjada para el caso adrede, como si en vez de matar á un hombre, hubieran de matar á una legion. Fabricáronse llaves dobles para entrar y salir los asesinos, cual pluguiese á su capricho, en la mansion del monarca; y apercibiéronse barriles de pólvora con el fin de hacerla saltar para que no quedase ni rastro siquiera de tan horrendo crimen. El menos enterado del proyecto era el que más á su logro había contribuido con sus embajadas y con sus comisiones, el espía Paris. Mas acercándose á todo andar el momento supremo, precisaba industrialarlo en todos sus secretos. Llamóle á cuentas Bothwell un miércoles del mes de febrero en el año 1567. Acostumbrado al crimen, aquel hombre no debía mostrar extrañeza, cuando supiera lo acordado; y la mostró, por superar aquella maldad en protervia y horror á todas cuantas maldades viera tan mal hombre en su malísima existencia. El mismo confesó que, al saberlo,